

El viaje de Lucio

María Esther Vázquez

Lucio fue siempre un especialista en diversiones absurdas. Cuando era chico podía correr por las cornisas de las azoteas, deslizarse por las canaletas, trepar por las palmeras, enredarse detrás del viento entre las ramas altas de los pinos o hamacarse con tanta fuerza que el columpio daba vuelta la barra. Inventaba juegos en los que ninguno de los primos, ni siquiera su hermana Nora, quería participar. En realidad, no parecía nada divertido, por ejemplo, apagar un fósforo en la mano apoyándolo fuertemente en la palma. A veces, se subía con coca, la gata, al altillo, y se pasaba toda la siesta contándole cuentos y alisándole el pelo con sus manos chicas y ásperas. Otras tardes dibujaba animales y árboles desproporcionados y negros que eran la delicia de su abuela, con la que se fue a vivir en forma definitiva poco después del accidente.

Un día subió a la palmera más alta del jardín, con el cuaderno y los lápices, para dibujar las cosas desde arriba, y en el papel aparecieron el perro dormido entre las lajas, la máquina de cortar pasto, la escalera que subía a la galería, el banco de piedra y un extraño pino chato y azul. Fue la última vez. Nunca pudo saber qué lo sobresaltó haciéndolo resbalar. Cayó, lo encontraron desmayado sobre las piedras del jardín. Así fue como Lucio, desde los trece años, caminó ayudado por muletas.

Cuando dos o tres años más tarde comprendió que el crecimiento irregular de su cuerpo y sus piernas lo hacía antiestético, visualmente odioso, dejó de ir al colegio y se encerró en la casa vieja de Belgrano con su abuela. En esa época empezó a escribir una novela autobiográfica, que al parecer no terminó nunca, y un ensayo titulado: "Los primitivos, color y forma", que también quedó inconcluso. Una tarde de mayo, Nora, la hermana, fue a visitarlo con dos amigos y discutieron hasta la madrugada sobre una reproducción de Lucas Cranach,¹ regalo de Nora, que Lucio había pegado sobre una de las paredes de su cuarto. Después de aquella visita, la abuela descubrió que volvía a pintar.

A los veinte años, su carácter no había variado. Reservado pero amable, sus rarezas eran dos: no salía jamás y recibía a todo el mundo sentado en una silla, con una manta cubriendo sus piernas cortas y maltrechas.

Ganó un concurso con un afiche publicitario e ingresó en una agencia para la que trabajaba regularmente; pero así como en las cosas que hacía por encargo brillaban la luz y los colores, los cuadros que pintaba para sí, y que se amontonaban en su cuarto y en el altillo, eran sombríos, negros, rojizos y verdes.

La abuela vivía para él, pero no fue ella quien notó el cambio, sino Nora. Para su cumpleaños –tenía ya veintiocho- uno de sus amigos le regaló un viejo llamador de hierro, probablemente del siglo pasado. Esa noche, Lucio, muy excitado, le habló a su hermana de una casa vieja y estrecha, con ventanas enrejadas en la planta baja y en el piso alto; de ese llamador destacándose entre las sombras del portón, y todo –contornos, paredes, rejas y puertas- iluminado y oscurecido por luces misteriosas quebradas en la lisura de la tela. Empezó el cuadro y, con él, un cambio, sutil y casi imperceptible al principio, en su carácter y en su persona. Aquello duró muchos años; no sería excesivo decir más de diez. Sin embargo, seguía con su trabajo. Pintó, para una galería del centro, con bastante éxito, una serie de grotescos. Además, sus dibujos se vendían bien. Pero, cada tanto tiempo, insistía en aquel cuadro de la puerta y el llamador. Adelgazó. Su rostro recordaba vagamente el de un monje. Se hizo más y más reservado día a día, su mutismo llegaba a veces a la hostilidad. Los amigos fueron abandonándolo y llegó un momento en que solamente la abuela, la hermana o el padre lo veían; el aislamiento, la lejanía parecían no importarle.

En los primeros tiempos, en el cuadro había vagos rostros oscuros, algo imprecisos, que asomaban su tristeza infinita detrás de la puerta entreabierta; después fueron disminuyendo o se los veía

¹ Lucas Cranach fue un pintor y grabador alemán que vivió entre 1472 y 1553

asomados a las ventanas. Acabaron por desaparecer. Lucio pintaba y variaba y volvía a pintar ese cuadro inacabable. Dejó los afiches y los dibujos.

Una mañana de abril, increíblemente calurosa, encontraron a la abuela muerta en la cama. La noche del velorio, por las ventanas abiertas entraba todavía el olor de un verano tardío, lleno de viento y de estrellas. Lucio, ausente y callado, sentado en la galería, miraba hacia la noche. Todos trataban de consolar aquel silencio quieto.

Lucio quedó solo definitivamente con su cuadro. Hizo siete y ocho variantes de la tela hasta que por fin pareció elegir una. La casa alta, estrecha, hermética, el portón cerrado, y detrás de una ventana entreabierta en el piso alto, una mano casi transparente, delicadísima, como si fuera de mujer, se insinuaba en el postigo.

Un día Ana, la mujer que lo atendía, fue al cuarto a llevarle el almuerzo. La puerta estaba cerrada, pero ella oyó voces vagas, un fragmento de conversación deshilvanada. Pensó que Nora habría llegado sin que ella lo notara. Cuando golpeó la puerta, las voces, del otro lado, cesaron. Dentro del cuarto, Lucio, solo, sentado frente a su cuadro, lo miraba fijamente. Llegó el invierno. Las palmeras altas y frías anunciaban el viento. Desde la muerte de la abuela, Lucio había adelgazado mucho; sus manos habían tomado el color del marfil viejo. Nora, preocupada, había querido llevárselo al campo, pero él se había negado en forma rotunda, porque –agregó– estaba preparando un viaje más importante. No quiso dar más detalles. En realidad, no hacía nada, no dibujaba, no pintaba, no leía, casi no comía, parecía no vivir. Sus horas se iban frente al cuadro, mirando la tela. A veces no se daba cuenta de que en el cuarto no había luz; del crepúsculo pasaba a la oscuridad y a la noche, sentado, inmóvil, hablando en voz baja o sin hablar. Nora se dio cuenta de que ya ni siquiera había variantes en la tela.

Una mañana de agosto, como a la diez, Ana, agitadísima, llamó a Nora por teléfono. Dijo que pasaba algo muy raro.

Nora llegó a la casa en menos de veinte minutos; era un día lluvioso y frío. Subió al cuarto de Lucio seguida por Ana, que lloraba grandes lágrimas silenciosas. Entró. Lucio no estaba. La cama, deshecha, conservaba aún la huella y el calor de su cuerpo. El cuadro, como siempre, sobre el caballete y, apoyadas contra la tela, Nora vio las muletas y la manta. Un aire extraño e irreal había invadido la habitación. Todo estaba como siempre, pero nada era igual. Entonces Nora miró el cuadro y notó un cambio: la ventana del primer piso había sido cerrada y ya no se veía la mano delicadísima que la abría apenas. Algo más había variado: la puerta, la hermética puerta cerrada, estaba entreabierta.

Nora supo, todavía confusa pero inexorablemente, que Lucio había iniciado el viaje.

Nadie volvió a verlo y, años después, cuando vendieron la casa de Belgrano, advirtieron que el cuadro también había desaparecido. Las muletas, la manta, los lápices, los óleos, los dibujos... todo estaba en el cuarto donde había vivido Lucio.

María Esther Vázquez nació en Buenos Aires en 1937. Cursó la carrera de letras en La Facultad de Filosofía y Letras. Es autora de los libros de cuentos *Los nombres de la muerte* y *Desde la niebla*, entre otros. En colaboración con Jorge Luis Borges, escribió varios libros. También es autora de las biografías de Victoria Ocampo y Borges.

Como columnista del diario La Nación, publicó más de mil quinientos artículos. Recibió varios premios nacionales e internacionales.